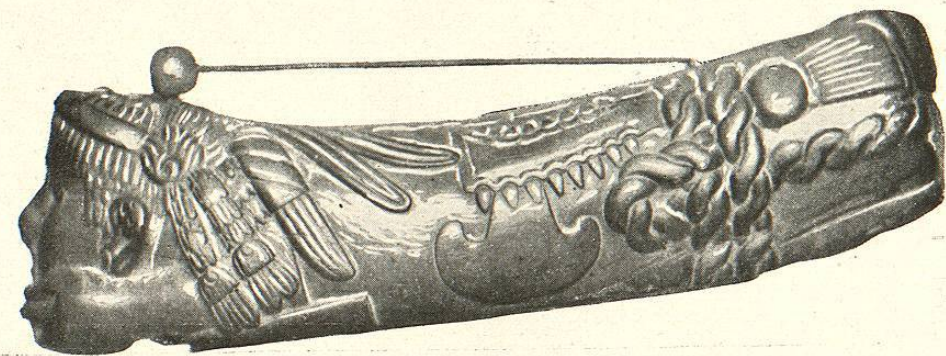


y la armadura que revestía era el plumaje de la reina de las aves, y mostraba el rostro entre el abierto pico de la misma. A mayores hazañas correspondían más honoríficos grados, superiores funciones y responsabilidades más honrosas; á la retaguardia, para evitar derrotas, iban los *cuachic*, tan esforzadamente valerosos que cada uno consideraba de su deber no huir ante veinte hombres.

7. Todo así contribuía á ensalzar á los guerreros; el jefe de la nación era el supremo general, que no asumía el mando sino después de dirigir rudas peleas; los más grandes de sus subordinados eran los más grandes del ejército; guerreros eran los sacerdotes y los hombres todos: á la hora terrible de la conquista aun las mujeres lucharon, y los niños lo mismo que los baldados, que llevaban á los demás proyectiles y armas.

Pero no sólo la educación material orientaba así á los hombres para el combate, sino también la religión: si un hombre moría luchando, creíase que iba á ser guerrero del Sol y á acompañarlo desde su orto hasta el zenit, mientras que le esperaba un oscuro destino si de otra manera sucumbía, salvo cuando era ahogado, pues entonces iba al paraíso de Tlaloc, del dios del agua, acaso porque del agua de su laguna los *meshica* habían sacado todo, alimento y defensa; en ella habían hecho flotar sus jardines nadantes; sobre ella habían erigido chozas, palacios y templos, y como Inglaterra debe al mar independencia y poder, así los *meshica* lo debían al lago; no se les ocultaba sin embargo que, sin su individual y esforzado valor, no les habría bas-



Teponaxtles del Museo Nacional

tado su situación lacustre, pésima y magnífica á un tiempo mismo, y por eso las más altas virtudes eran para ellos las virtudes militares: de la cuna á la muerte todo les hablaba de la precisión, de la conveniencia, de la gloria, del placer de guerrear; por lo mismo, una idea sola explica la historia de los aztecas y sus procedimientos educativos: la de la guerra. Gracias á ella, la educación *meshica* fué un grandioso ejemplo de educación nacional, patriótica por excelencia: su energía sin nombre hizo de los *meshica* el pueblo más heroicamente capaz de soportar las torturas y de saber infligirlas; sus productos supremos son el arte espantable de los sacrificios humanos, practicado con horrible deleite á la hora de los triunfos, y la sublime defensa de la libertad por un puñado de valientes contra el hambre, contra centenares de miles de indígenas, contra los sagaces y aguerridos españoles, y sobre todo, contra la civilización superior de la conquista. Fué así la educación de los antiguos mexicanos la obra maestra de la educación militar para los pueblos que están como el de los aztecas en un período semi-bárbaro: tenía que producir como florescencias supremas, simultáneamente, á Motecuhzoma el pequeño, florecencia monstruosa de la superstición y del despotismo, y al gran Cuauhtémoc, florecencia sublime del carácter más varonilmente templado, para legar á los siglos el ejemplo glorioso de la defensa de la libertad sólo con un grupo de héroes contra un mundo.



México.—Patio del antiguo convento de Santo Domingo

## CAPÍTULO II

### LA CONQUISTA ESPAÑOLA: SUS EFECTOS SOBRE LA EDUCACIÓN DE LAS RAZAS INDÍGENAS

Lo que tiene más importancia de la conquista no es la ocupación material de los dominios de un pueblo por otro, sino la intromisión de unas en otras almas: esto es lo único que impone para siempre el progreso; pero por esa intromisión aparece una resultante en que obran los disímolos caracteres de los pueblos que se entremezclan, como pasó en México cuando, sobre las heterocelitas razas primitivas, se impusieron los férreos campeones que tan alto levantaron á España en el siglo XVI.

2. Distingúense tales hombres por su voluntad indómita: en ellos, acaso mejor que en nadie, puede estudiarse la extraña emoción que Ribot califica de manía del poder; heredaron en cierto modo las tendencias de los grandes dominadores, los romanos, pero dándoles si cabe mayor rigidez.

En dos maneras se manifestaba entonces esta tremenda expansión de voluntades incoercibles: era una la necesidad irresistible de imponerse materialmente hasta matar á los insumisos ó apoderarse de ellos y de sus bienes; era la otra la no menos irresistible necesidad de mandar intelectualmente, imponiendo una sola fe, una sola esperanza y un ideal único.

El anhelo de predominar materialmente era excedido, sin embargo, por el violento, el codicioso amor á las riquezas; fray Bartolomé de las Casas dijo que los conquistadores tenían *hipo de oro*: éste era espoliado en el Nuevo Mundo por la tentadora facilidad de apoderarse de tesoros que pertenecían á seres por mucho tiempo considerados irracionales, que no recibieron el tratamiento de hombres casi nunca y á quienes sólo se dió esta denominación gracias á los prodigios del gran fray Bartolomé de las Casas, que por fin